

ELVIRA COLLADOS

## LAS ACTITUDES

---

EDUCAR ES conducir a los seres humanos hacia la plenitud de sus potencialidades. Ello implica una filosofía, una ciencia y una técnica.

Como filosofía, impone la necesidad de un concepto del hombre y de la sociedad: una posición ante "lo humano" y su destino, un sentido de la existencia, y contiene juicios de valor que determinan su orientación.

La ciencia educacional tiene por objeto el conocimiento del hombre en cuanto sujeto que aprende, que se relaciona con un medio en una permanente reciprocidad de estímulo y respuesta.

La educación se concibe como técnica en el sentido en que opera sobre los sujetos para dirigir el proceso de aprendizaje hacia finalidades estimadas valiosas.

Cuando decimos de una persona que es "un técnico en educación", le atribuimos en alguna medida el dominio de estas tres disciplinas: es imposible concebir una dirección que no conduzca a ninguna parte a un ser de idiosincrasia desconocida. Necesitamos saber qué esperamos de nuestros sujetos, cómo son y de qué modo se desarrollan. Sólo pisando sobre estas bases seremos dueños del impulso para una trayectoria certera y eficaz.

La técnica educacional se sirve de recursos: el edificio, los muebles, los útiles. Profesor y alumnos no son los únicos elementos del proceso. Intervienen otros, como ocurre entre médico y enfermo, entre flor y jardinero. La medicina y el rastrillo son instrumentos. De igual manera, para educar, nos servimos de un tercer factor y éste es la materia de estudio. La materia de estudio no es algo que debe ser incorporado al estudiante, sino algo cuya

comprensión debe producir en él modificaciones deseables. La materia es el objeto del estudio, pero no es el objeto de la educación.

Aprender es devenir, llegar a ser de un modo distinto y mejor. "Llegar a ser" es una expresión adecuada, más propia que "devenir", aunque ésta es más bella. "Devenir" significa "pasar a ser", simplemente, "evolucionar". En cambio, "llegar", supone una meta, un punto de arribo, motivo del tránsito. Así se comprende que "aprender" no es sólo crecer, madurar, sino crecer o madurar para un fin.

Llamamos "aprendizaje" a aprender y también al resultado de aprender, que no es solamente lo aprendido —lo aprehendido— sino también el efecto que esto produce: la variación en el sujeto que aprende. Cuando decimos que "dirigimos el aprendizaje", nos referimos al proceso. "Medir el aprendizaje" es un intento de obtener una apreciación relativamente exacta de la metamorfosis provocada en el sujeto, gracias a la acción durativa de aprender.

En el más amplio sentido, aprender es vivir, vivir con un estilo caracterizado por la conciencia del propio vivir. Aun en grado mínimo —aun en el grado en que aprende el chimpancé que alcanza los plátanos y en el del gusano que halla la salida de un laberinto—, aprender es una conciencia y una voluntad al servicio de un modo de acción, de un modo de vida.

Esta labor, consistente en conducir el proceso de aprender en tal forma que determine en el "aprendiente" —¡qué precisa es la palabra inglesa "learner"!— cambios deseables, presenta la dificultad de que sus resultados no son susceptibles de una apreciación directa. Sólo disponemos de una forma derivada de aquilatar el logro de nuestras finalidades: la observación de la conducta del sujeto. Provocamos en él una reacción y de ella inferimos en qué medida ha evolucionado de acuerdo con nuestros propósitos.

Uno de los cambios a que aspira la educación es la creación y el desarrollo de actitudes. Designamos con este vocablo —actitud— a la disposición del sujeto para conducirse en un determinado sentido. Ante el problema racial, por ejemplo, hay actitudes antagónicas: unos adoptan una actitud solidaria con todos los hombres, sean negros o hebreos; otros, rechazan al hombre de color o al semita.

Frente al problema social hay diferentes actitudes: la de aquellos que se sienten responsables de solucionarlo, la de quienes aspiran al bienestar colectivo, y la de otros, los indiferentes, que

no han desarrollado el sentimiento de ser miembros de una colectividad, que estiman ajena la miseria de sus semejantes o son fatalistas ante sus propias limitaciones. Por egoísmo o por debilidad desconocen la aspiración a una vida mejor para todos. Son dos actitudes y la educación no puede desentenderse de educar para la primera de ellas. Es de esperar que ya no quede sistema educacional alguno que sea negligente a este respecto.

Estamos inmersos en un mundo en el que alternan lo bello y lo grotesco; el refinamiento y la vulgaridad; la procacidad y la pureza; la palabra y el gesto soez, la violencia, pero también el respeto, el donaire y la gentileza. Ante todo esto, tomamos actitudes de simpatía o de rechazo.

Al encarar los problemas de toda índole con que la vida nos desafía, algunas personas toman una actitud científica: analizan los hechos objetivamente y sólo establecen conclusiones sobre la base de elementos de juicio debidamente considerados. Otras, por el contrario, impulsadas por motivos emocionales, ofuscadas por impulsos oscuros, toman partido sin reflexionar adecuada y suficientemente, son dóciles al influjo de la propaganda, de la superstición o de las ideas predominantes en su medio.

Las actitudes son reacciones complejas, vinculadas a las creencias. Se distinguen de ellas por su carácter dinámico: suponen una acción y una meta; de ahí que son "pro" o "anti", mientras las creencias son neutras.

Por lo general, creencias y actitudes se producen inconscientemente, bajo la influencia del ambiente. Los educadores podemos hacer conciencia sobre este proceso, estimularlo y encauzarlo.

Las actitudes generan nuevas actitudes. La simpatía hacia una determinada tendencia literaria nos llevará a participar en las actividades de un grupo y a compartir con sus miembros nuestros esfuerzos y conquistas. La inclinación a admirar ciertos valores humanos —la honradez, la sensibilidad estética, la generosidad, la alegría, la capacidad creadora, el heroísmo, el noble sentido de la amistad— nos inducirá a acercarnos a las personas en quienes tales virtudes destellan o que, presumiblemente, las poseen, y a eludir a quienes las desconocen. La actitud aludida por la frase "sentido social", nos llevará a proyectar nuestra acción más allá de nuestros propios intereses, y si actuamos privados de tan importante sentido, reduciremos nuestra acción a los límites de nuestras propias satisfacciones. Por nuestra actitud seremos, o no, pacifistas, americanistas, nacionalistas, progresistas, retrógrados, democráticos, totalitarios, agresivos o conciliadores. Por

ella nos mostraremos condescendientes o intransigentes; se nos verá reservados o comunicativos; indiferentes o afables; atentos o distraídos. Como es necesario que la gente sea de una de estas maneras y no de otra, al educador le compete ocuparse de las actitudes.

Las actitudes —lo mismo que las creencias, en las cuales se originan— se distinguen unas de otras por su calidad, determinada por el objeto a que se refieren: tenemos actitudes artísticas, religiosas, políticas, personales, sociales, deportivas, filosóficas, científicas, y, finalmente, el hombre presenta también actitudes relacionadas consigo mismo: se justiprecia, se sobrevalora o se desestima; se cuida o se abandona; se exige o se complace, y hay también el que se compadece y aun el que no se tolera.

Según su estructura, las actitudes son definidas o vagas.

Atendiendo a su grado de especificidad, son aisladas o conectadas con otras. En una personalidad bien integrada, se observan formando constelaciones. En una personalidad inarmónica, son inconexas y contradictorias. No puedo ser amante de la paz y pelearme con mi hermano; emocionarme hasta el llanto ante una película dramática, y seguir impávida ante el dolor de mis semejantes. Las actitudes disgregadas constituyen graves fallas de la personalidad. Sin embargo, tan poco frecuente como la actitud solitaria, es la unidad completa, la coherencia perfecta de las actitudes. Vivimos en un mundo demasiado complejo para que esta unidad llegue a ser total en cada uno de nosotros. Nos debatimos en medio de tradiciones, tendencias, problemas y datos no del todo acordes, coincidentes. El desajuste es inevitable: un hombre en quien se diera tal equilibrio y homogeneidad, sería un hombre a quien ya no le quedaría ninguna interrogación que plantear al mundo, que formularse a sí mismo; un hombre acabado, con el significado de perfecto, sí, pero también, de fenecido; un ser sin drama, un no-ser. Cuando en el retrato de Marco Bruto dice Quevedo que “tenía el silencio elocuente” —maravilla ética y poética— describe el ideal de integración de la personalidad. Porque sólo quien siempre ha sido visto actuando de conformidad con sus principios, es aquél de quien podemos adivinar sin consultarlo cuál es su actitud ante cada circunstancia vital. Y esta personalidad irradia expresión como la lámpara, luz; como la lumbre, calor. He aquí una limitación esencial a la tarea de los educadores, una limitación conmovedora porque proviene justamente de su condición humana. Llegados a este punto parece que aspirar a la perfección fuera un desafío tan

alto como la torre de Babel. ¿Nos restringiremos a nuestras humanas dimensiones o intentaremos hacernos dignos de la orden divina: "Sed perfecto" . . . ?

Aunque todas las actitudes tienen un valor funcional, no todas son igualmente significativas, parejamente responsables de las variables necesidades de una persona. Una actitud puede mantenerse inmutable por muchos años y a través de una diversidad de experiencias. Otra, en la misma persona, desaparece prontamente por la influencia de actitudes contrarias en el medio social. La primera es fuerte; la segunda, débil. La fuerza o debilidad de una actitud depende de la tensión emocional y de la seguridad del concepto que la sustenta.

Tampoco la fuerza o debilidad de las actitudes tiene necesariamente que ver con su importancia en la vida de las personas. Un individuo puede creer con toda fuerza que la tierra se mueve y —por lo tanto— adoptar una actitud afirmativa ante este hecho, pero esta creencia y su correspondiente actitud pueden no ser determinantes en su vida, como lo fueron en la de Galileo. Ese mismo individuo, asumiendo una actitud favorable a la democracia, y aunque su creencia y su actitud no sean tan precisas y fuertes, tal vez tenga que pasar algunos malos ratos o sea arrastrado hasta un paredón.

Algo semejante ocurre con la exteriorización de las actitudes. Algunas quizás no han hallado oportunidad de ser suficientemente verbalizadas o manifestadas por medio de acciones, pero, dotadas de profundas raíces, son decisivas en momentos decisivos.

Ya se cimenten sobre el conocimiento, la opinión o la fe o en causas puramente emocionales, las actitudes pueden, pues, ser descritas en términos de las siguientes dimensiones: calidad, contenido, precisión, especificidad, fuerza e importancia, y aún queda otro atributo: verificabilidad.

La verificabilidad se refiere a la concepción que tiene el individuo del objeto de su actitud en cuanto a su posibilidad de demostrarlo. La creencia —y la actitud derivada de ella—, acerca de la supervivencia después de la muerte, concierne a una materia inaccesible a una prueba. La creencia —y su correspondiente actitud—, respecto a las propiedades del agua, concierne a una materia verificable. Las creencias que atañen a materias verificables, se llaman conocimientos. Aun cuando no es posible que todos nosotros las verifiquemos personalmente. Tenemos el conocimiento de la existencia de una hermosa ciudad llamada "París", pese a no haberla visitado. ¿Desde cuándo lo sabemos? Probable-

mente nuestro primer encuentro con esta información estuvo motivado por una simpática mentira de papá y mamá, que nos dijeron que nuestros hermanitos provenían de allí...

Por otra parte, hay creencias y actitudes referentes a objetos que escapan a la posibilidad de verificación: ellas son materia de fe. Si alguien está privado de la intuición de la existencia de Dios, si no lo siente existir, no podemos demostrársela por medio de los recursos perceptivos o meramente racionales que nos permitiría cualquier demostración física y que son los únicos de que él dispone. Asimismo, alguien cree en una forma de regir el mundo que, de aplicarse, nos haría a todos felices. No está en su mano comprobarlo; sin embargo, lo cree, y ésta es una forma de creencia que se llama fe.

En un punto medio de verificabilidad entre el conocimiento y la fe, está la opinión. La opinión es la creencia que aún está por verificarse. Ella implica la aceptación de que otros individuos pueden sustentar otras opiniones con probabilidades de acierto. Así ocurre con los pronósticos antes de las elecciones y de las carreras.

Nos quedan por observar las creencias llamadas supersticiones, que constituyen en las personas de nulo o breve acceso a la educación, un fecundo y pernicioso origen de actitudes. Las supersticiones se distinguen por su falta de correlación con los hechos a que se refieren y generalmente tienden a dar una explicación sobrenatural de hechos que tienen una explicación natural.

Este análisis de las actitudes y de las creencias que las motivan, es un paso indispensable para abordar el problema práctico de su eliminación —si son indeseables— y de la promoción y encauzamiento de aquellas que estimamos valiosas, uno de los problemas más delicados y apasionantes que aguardan la iniciativa de los educadores de nuestro tiempo.

#### OBRAS DE CONSULTA:

Theory and problems of social psychology. David Krech and Richard S. Crutchfield. Mc. Graw-Hill Publications in Psychology.

New York. 1948.

The psychology of rumor. New

York: Holt. Allport, G. W. and Postman, L. 1947.

Attitudes and learning: a methodological note. Psychol. Rev., 53, 290-293. Krech, D. 1946.